

canalizará la necesidad de trascendencia de modo más intenso y vivo, por encima de las transformaciones culturales que históricamente se impongan sobre las formas teatrales. La estructura significativa del drama permanecerá la misma a través de los tiempos.

El espectador

En el hecho teatral puntual de la representación, el espectador cumple también una función de síntesis, la última del proceso dramático.

El público es el receptor final que cierra el desarrollo del hecho artístico. Comparte con el actor el tiempo y las vicisitudes de la acción presentada sobre el escenario. Las comparte asimismo con los otros espectadores. De esta participación emana el estado de comunión artística, que se da cuando el público teatral recibe en conjunto. Su espíritu también se enriquece por la participación individual y colectiva al mismo tiempo. Para Villiers (Psicología del arte dramático), el espectador, cuando asiste al teatro comparte un nuevo estado de expectativas antes de levantarse el telón. Lo comparte con sus vecinos de platea. Esa expectativa será un condicionante psicológico ante la aparición de determinados actores, como ante las acciones de la intriga que se va a desarrollar. Esto es así para el espectador de todo teatro, profesional o amateur.

De modo que las emociones que suscitan en el alma las relaciones internas del drama constituyen un estado común. Y común será también el alivio psicológico-emotivo ante el desenlace de un conflicto. Ya hablamos de la instancia cognoscitiva que se cumple en el teatro, y que es recorrida durante la representación, también por el espectador.

Si entendemos con Chancerel que la educación se entiende en sentido general como la acción de formar o reformar a los niños, adolescentes y hasta a los adultos, proveyéndoles un conjunto armoniosamente distribuido de cualidades intelectuales, corporales y morales, propias para asegurar su pleno desarrollo espiritual y físico en el seno de la comunidad humana", constatamos el valor formativo del arte del teatro como propiciador del desarrollo conjunto de todo el hombre, espíritu, intelecto y sensibilidad.

Raíces conceptuales de "La ciudad del Siglo XXI"

*Raúl González Pelazzo **

La ciudad es la más entrañable creación del hombre. Es así, "entrañable", porque ha surgido de sus propias entrañas, concebida como una manifestación de sus anhelos más recónditos, y creo, siguiendo a pensadores y filósofos que han escrito sobre el tema desde las más lejanas épocas, que esa idea integró, sin aún tener una expresión coherente y manifiesta, su tesoro ancestral de ideas madres y de tendencias.

La ciudad es la concreción del deseo, el anhelo y la necesidad de convivencia, la sociedad, de cooperación, de aprendizaje. Dentro, de la estructura de la ciudad el hombre se integra a sí mismo, se expresa como individuo y como parte de grupos de trabajo, de estudio, de acción. Dentro del ámbito de la ciudad se da la existencia de una diversidad en la unidad, de una unidad en la múltiple presencia de miradas diversas sobre la misma realidad objetiva, percibida y expresada a través de enfoques subjetivos y siempre nuevos, aunque la novedad no lo sea en lo absoluto, porque a pesar de quién negó la posibilidad de ver pasar dos veces la misma agua bajo el puente, no existe sino un sólo caudal líquido, o espiritual y cultural, que se transforma y se renueva, eso sí, con la infinita variedad de los nuevos aportes, enfoques y componentes.

Si el hombre es variedad, también lo es la ciudad, como su máxima creación y como prefigura de su devenir hacia el encuentro con la realidad final en Dios.

El hombre construye su entorno y su forma, material y espiritual, con un impulso constante de perfeccionamiento, aún cuando los caminos que siga en alguna etapa de su devenir lo lleven a recorrer parajes sombríos, donde aparentemente reina la negación de la luz. Pero la luz va ínsita en el hombre que recorre esos caminos: así lo ha probado la Historia, una suma de experiencias, de errores, de logros, de alcanzar grandes alturas y de caer en abismos que, en el momento de transitarlos, parecen definitivos y muy honda su oscuridad. De esas oscuridades ha sacado el hombre, muchas veces, una luz distinta, una luz con fulgores de Paraíso, y en consecuencia una luz de esperanza, decantada también del dolor y de la muerte. Trascendente capacidad del hombre y de sus creaciones más queridas para renacer y desde el abismo, de remontarse desde la cumbre o desde las profundidades.

* Director de la Cátedra Extracurricular "La ciudad del siglo XXI en América" de la Universidad del Salvador.

Espejo de esas actitudes y circunstancias disímiles del hombre es la ciudad. La ciudad es una creación colectiva, es un producto del trabajo conjunto, es una sumatoria de esfuerzos, de ideas, de logros y también de fracasos, pero es siempre el producto del trabajo de una sociedad, nunca un trabajo individual.

He aquí la crucial distancia entre la construcción de la ciudad y la del arte, en todas sus otras expresiones. Una época pictórica o literaria la crea o la afirma un pintor o un artista o bien un grupo de creadores, pero una ciudad es un resultado común, que el producto de una cooperación real anónima, a veces o quizá nunca premeditada, porque sus hacedores ignoran el estado final de lo que están haciendo, de lo que está saliendo de sus manos, ya que el objeto individual al cual conceden realidad tangible es solo una parte ínfima e inidentificable del total de la creación urbana.

La realidad urbana, en base a esos hechos actuales y a otros que se agregan y se complementan, o aún parezcan oponerse entre ellos, será inaccesible para los obreros intelectuales, técnicos y constructores, actuando en un momento dado de su evolución.

Existe sin embargo una condición esencial, siempre presente si la tarea constructiva de lo que se ha denominado el "hecho urbano", persigue esa realidad ordenada que conforma la ciudad. En cada momento de su transformación, los actores que la conduzcan deberán distinguir rectamente para conciliar el "facere" (realidad de acuerdo a las reglas del arte) y el "A gere" (la prudencia en el obrar), de manera que aquella realidad construida de acuerdo con las reglas del arte, tenga la premeditada decisión de ser una contribución al Bien Común, porque se ha hecho con criterio y con prudencia. El Bien Común es un concepto atemporal, ya que todo lo que conviene y se atiene a la Ley de Dios, conforma una expresión del Bien Común.

La idea del Bien Común, quizá no así expresada, animó toda la política de la corona Española al desarrollar la legislación, copiosa y exhaustiva, elaborada para regir la evangelización del Continente Nuevo. De ella nos interesa destacar la referida a la fundación de ciudades, una parte de las Leyes de Indias, cuya particularidad es entrar en los más mínimos detalles acerca de la tipología a conceder a la ciudad que se establezca y forma parte de las "Ordenanzas de Descubrimiento, Nueva Población y Pacificación de las Indias", dictadas por Felipe II en el 1573. Pero con todo que esta fue una innovación, diríamos técnica, acerca de la fundación de ciudad *ex nihilo*, no lo fue menor la estructura cívico administrativa que las mismas Ordenanzas le mandaron seguir. España reivindica con esta gesta fundadora la altura intelectual de sus hombres de Estado, además de afirmar su posición de Defensora del Papado y de Evangelizadora.

España fue la única nación de Europa que hizo de la mera ocupación territorial, una labor civilizadora. Fue la única que se preocupó de asimilar las pobla-

ciones indígenas a la vida urbana y llegó a conceder prerrogativas de miembros de los Cabildos y de los Ayuntamientos, en participación o bien en exclusividad, tal como lo ejemplifica la erección de la villa de San Esteban de Tlaxcala, en el 1591, regida totalmente por indígenas. En nuestro territorio americano tenemos suficientes y destacados ejemplos en las maravillosas poblaciones guaraníes, donde bajo la conducción de la Compañía de Jesús, floreció una civilización humana que fue, además, un bastión contra el ataque de los mamelucos, invasores y cazadores de esclavos, que llegaban desde el territorio del Imperio del Brasil.

Todas las ciudades fundadas por España en el continente americano, lo fueron con un sentido clásico de ocupación y de afianzamiento del dominio del territorio, en términos de la geopolítica moderna, pero sobre todo se impuso la misión de incorporar al indígena a la civilización y hacerlo conocer la Religión Católica Apostólica Romana, síntesis, entonces, de Fe, de Arte y de Ciencia.

Las Ordenanzas de Felipe II son específicas y explícitas en cuanto a la disposición material de las ciudades, hecho en el cual encontraron la necesaria identidad entre el "facere" y el "agere", por cuanto nada en el aspecto edilicio de la ciudad fundada debía ser improvisado. Es de imaginarse que en el momento de fundar, es decir, cuando se asentaba el rollo y se pronunciaban las fórmulas que mandaba la Ley y el Escribano levantaba el acta, hubiera preocupación por el futuro de aquella humilde semilla, expuesta a todos los avatares del medio y del tiempo. Sin embargo prevaleció en todos ellos un espíritu trascendente, un ánimo de certeza obsesiva, una intención preexistente de arraigo proyectada hacia el futuro, hacia edades más allá de sus expectativas de vida y aún de su descendencia. Estoy seguro que cada uno de ellos vio, en el acto mismo de plantar el rollo, la imagen que los siglos materializarían como un sueño asentado sobre la tierra. Porque nada quedaba librado solo a la suerte de la Providencia de Dios, sino que se instauraban las normas sobre las cuales era previsible que la ciudad fundada creciera para materializar los sueños de sus fundadores. Unión fecunda del rogar con el hacer, por aquello tan español de "A Dios rogando y con el mazo dando". Y esas normas no tenían carácter de milagros anticipados, sino que eran fruto de una muy estrecha fusión de la Fe con la Vida, y aún en el caso de verse obligados a cambiar el lugar del asentamiento urbano, se las seguiría considerando válidas y útiles a sus fines. Valga el ejemplo de las fundaciones de Buenos Aires, Córdoba y sobre todo Santa Fe, con su antecesora Cayastá, donde yacen el fundador y su esposa.

Las misiones guaraníes son un ejemplo sobresaliente de las normas que daba la corona Española para las fundaciones de las ciudades. El Padre Lozano en su "Historia de la compañía de Jesús", que data del 1755, traducida en las instrucciones que el Padre Torres diera a los padres Cataldino y Mazeta con respecto al establecimiento poblacional, que reiteran las mismas directivas de Feli-

pe II en el 1571. El autor de un "Comentario sobre la organización guaranítica comparada con la República de Platón", encuentra concomitancias estrechas entre lo pautado por Platón y lo hecho por los Padres de la Compañía de Jesús, lo cual demuestra no sólo que los Padres se ajustaron a sus propias normas y a las emanadas de la Corona Española, sino que esas normas tenían un antecedente en la más remota antigüedad. Y no hubo otra Institución religiosa que encarara una obra de construcción y de civilización, tal como lo hiciera la Compañía de Jesús. España y la Compañía de Jesús están estrechamente unidas. Desde su fundador Iñigo de Loyola, siguiendo con la prolífica obra de evangelización y de educación llevada a cabo en América hasta el momento de su extrañamiento, y retomada con vigor desde su restablecimiento en el año 1814.

La ciudad siempre ha sido un paradigma para equipararla a una forma de vida organizada y ejemplar, desde Platón en su "República", hasta "la ciudad de Dios" y las Utopías y las Ciudades Ideales y las Ciudades Perfectas, todas ellas pensadas como centros de una vida mejor y más organizada, en armonía con el entorno de un medio ecológicamente equilibrado.

"La ciudad de Dios" se eleva en el camino a una excelencia de vida que sublima todo lo que de contingente y material tiene la vida urbana. Pero es destacable, sugestivo y muy grato que los mejores pensadores hayan recurrido a la imagen de la ciudad como modelo de perfecciones espirituales más elevadas. Y esa realidad del pensamiento urbano y creador, se da incluso en pleno siglo XX, con las ciudades proyectadas por Le Corbusier, por Frank Lloyd Wright, Kenzo Tange y otros. Siempre en la búsqueda de la perfección y de la panacea de una vida mejor.

La ciudad, al igual que otras creaciones del hombre, ha sufrido el ataque y el desmerecimiento provocado por la destrucción de la unidad religiosa y el desmembramiento provocado por la destrucción de la unidad religiosa en Occidente. Esta destrucción ocasionó asimismo la instauración de un espíritu de descontento, de enfrentamiento, de angustia y de lucha dentro de una sociedad que hasta entonces había gozado, dentro de las vicisitudes de los tiempos, las guerras y las enfermedades, de una coherencia espiritual e intelectual que no era fruto de una pretendida tiranía ejercida por la Iglesia, sino de la vigencia de la unidad de pensamiento y de la coherencia unánime entre los fines terrenales y el destino del hombre más allá de sus días mortales. Cuando esta coherencia se fracturó por influencia de la Reforma y de la Revolución, la Industrial y política y la del pensamiento, el hombre y por consiguiente su obra de más jerarquía y alcance, la Ciudad Ideal, también fue inficionada del virus del desorden, y con él vinieron todos los males que hoy son presencia constante en el ámbito urbano.

Cuando se destruyó la armonía entre los miembros de una sociedad y se crearon categorías y se delimitaron sectores de actividad cerrados a la mayoría, la

ciudad se desarticula en la más importante de sus estructuras, su concepción de centro de creación y de irradiación de una forma de vida común y en común, para todos sus miembros, una forma de ser individual y colectiva que afianza el sentido de pertenencia, donde todo se vive como un bien coparticipado, a despecho de las diferencias de fortuna o de ingenio o de actividad.

La desjerarquización de las funciones urbanas corre paralela con el desquicio de los componentes espirituales y morales. La ciudad medieval, a pesar de las falencias constructivas y de sus precarios servicios, era el centro de una vida a la *escala humana*. Esta denominación, de uso generalizado entre los urbanistas, retoma sin entenderlo la mayoría de las veces, aquella condición de convivencia armoniosa y jerarquizada, que era propia de la ciudad organizada, sobre todo organizada en una línea de pensamiento que, vuelvo a repetirlo, no dejaba de lado las diferencias de condición y otras de índole intelectual y política. Pero algo los unía y era el concepto de la ciudad como centro y espejo de una estructura social y política ordenada. "Una cosa aislada puede, como tal, solo estar bien ordenada, y es justa, siempre que tenga con su idea, preexistente en Dios, la relación de adecuación" (Paul Ludwig Lundberg: *La Edad Media y Nosotros*, citado por P. H. Randle. *El descubrimiento del orden en la Naturaleza y en la sociedad*, Oikos, 1991).